

Delgado, Juan José (1697-1755)

Historia general sacro-profana, política y natural de las islas del Poniente llamadas Filipinas (1754, 1892)

CAPÍTULO X

De las especies de hormigas y otros animalejos de estas islas

No es cosa de admirar que ponga yo en este capítulo un animalito tan pequeño como la *hormiga*, después de haber tratado en el anterior de un animal tan grande como el elefante. La hormiga, tan pequeña como es, lo vence á él y lo mata. Y por esto cuando come, toma con mucho cuidado las yerbas, y las sacude por si acaso hay en ellas alguna hormiga, y después las lleva á la boca para sustentarse; si una sola se le introduce en la trompa, rabia y se enfurece sin poder vengarse, y hasta puede que le llague, al morderle de continuo, ocasionándole la muerte. Por eso es que no me pareció fuera de propósito el poner aquí á la hormiga.

Son innumerables las especies que hay en estas islas, así caseras como montaraces, y puede acontecer que esta sea la causa que en estas islas tan grandes y mayores sin comparación que la de Joló, no haya en los montes unas hormigas prietas y grandes que llaman los naturales *hantic* cuyo tamaño llega á las avispas, pues levantan una grande roncha en la piel y causan inflamación en toda la parte donde ha picado. Otra especie se cría frecuentemente en los montes y llanos; son hormigas negras y pequeñas que llaman *hacot* (1); son muy molestas con sus picadas, pero no tan malignas como las antecedentes. Otras muchas especies se ven en los montes, que apenas tienen nombres entre los naturales, y sólo las denominan con el nombre general; andan por los árboles, formando su casa en lugar conveniente en razón de los aguaceros y humedades y así se hallan bien cubiertas y abrigadas con hojas secas, de suerte que el agua no las puede penetrar.

Otras dos especies se crían frecuentemente en nuestras casas; éstas son bermejas (2) ó casi coloradas; unas y otras carniceras y de sensible picadura, pues levantan grandes ronchas é inflamaciones, y á veces causan calentura. La diferencia de estas dos especies está en que unas son grandes y largas y las otras son medianas. Llámanlas los indios *tubac*, y nosotros, en razón de su color, las nombramos holandesas, no menos que por los daños que producen. Otras coloradas hay en todas partes, y algunas son tantas, que, matando yo de propósito cada día millares, jamás las pude acabar. Estas son sumamente golosas; acuden donde hay dulce ó frutas ó cosas semejantes, y no pican ni dañan. Las llamadas *hamintas* son negrillas y bien especiales, porque

para correr con ligereza, doblan el medio cuerpo echándose encima, y van con el otro medio cargadas con lo cual parecen adquirir una ligereza extraordinaria.

(1) *Lasius niger*, L.?

(2) *Formica rufa*, L.?

Dé estas observé un día una hecho prodigioso, del cual dudara, si me lo hubieran contado, y no lo hubiera visto y observado por mis propios ojos, entreteniéndome con admiración por un grande rato. Eran las dos partidas de la misma especie en la lucha que se entabló, y venían de partes opuestas, y se fueron formando en escuadrones muy arreglados en forma de batalla. Después observé cómo salían algunas de uno y otro ejército, y se embestían furiosamente en medio del campo, que habían dejado desembarazado, y se daban tantas mordeduras que á poco rato caía una de las dos que peleaban, y la que quedaba victoriosa cargaba con ella y se le echaba acuestas, volviendo con su trofeo y despojo contenta y victoriosa á sus reales; la pelea de unas con otras duró por mucho rato; hasta que todas se mezclaron en combate encarnizado; unas huían, otras seguían, otras morían y no faltaban algunas que salían despeadas y cojeando. Pero lo más admirable era que á éstas las ayudaban las de su ejército, y las llevaban con tiento hasta ponerlas en seguro y después volvían á la batalla. Admirable es Dios en todas sus obras y parece que gusta de jugar y divertirse con ellas, como tanto pondera el poeta: *Ludit in humanis divina potentia rebus*. Existe otra especie de hormigas tan sutiles y pequeñas, que apenas se divisan. Suele haber de ellas enjambres sin número, y acuden donde hay dulce y cosas comestibles; otras hay bermejas, algo mayores, que se crían en los techos, y son de naturaleza secas, y cuando suelen caer encima pican muy bien, aunque no levantan ronchas, pero sí dan grande escozor en el cuerpo. Muchas otras especies hay que fuera largo el escribirlas, aunque entre sí tienen bastante diferencia.

CAPÍTULO XI

De otras hormigas llamadas anay, propias de estas islas

Sobre todas las especies de hormigas que se encuentran en estas islas, y las más dañosas en todas partes, son las que llaman los naturales *anay* (3). Fabrican sus nidos debajo de tierra, y es á manera de, una ciudad ó república bien ordenada y dispuesta. La materia de que se compone es de un finísimo y purísimo barro muy semejante al *bolo arménico* (4). Rara es la casa ó campo en todas estas islas donde no haya de estas hormigas. En los campos se conocen sus casas, por los amontonamientos de tierra á manera de un grande pilón de azúcar, y cubiertos de un barro muy duro, tanto, que no pueden penetrarlo los aguaceros; los naturales de Tagalos lo llaman *ponso*. Es como un fortísimo techo: de él se ven formadas sus calles, sus habitaciones y trojes en que

guardan el sustento que necesitan. Algunas veces he tenido él gusto de desbaratar estos *ponso*s, para ver el orden y arquitectura particular que se encubre debajo de ellos. En el centro hay una espaciosa habitación muy bien labrada y lisa de aquel barro finísimo, suave y ligero á modo de cera virgen; en ésta vive su rey, que es un *anay* de especial grandeza cerca de una pulgada, y muy grueso, al que todos sirven, y administran el sustento, porque él no sale de allí, ni se menea. Después tienen varias calles, formadas del mismo barro, por donde van á sus habitaciones particulares, que son muchas, y todas tienen comunicación entre sí y con el centro, donde está el rey que los gobierna. Todo el *ponso* interior es de aquel mismo finísimo barro, y allí tienen sus crías que son blancas y como pequeños gusanitos. Los grandes tiran á bermejos; tienen cuatro pies y el cuerpo muy blando, pero el pico es tan duro como el acero, pues con él destruyen todo cuanto hallan.

(3) *Termes díves*, Hag.; *T. carbonarius*, Hag; *T. monocerus*, Koen.

(4) Véase la pág. 579 donde el A. trata de este animalito con alguna detención.

Para buscar el sustento salen del *ponso*, y van labrando o por la tierra ó por las paredes ó leños una estrada encubierta, como una vainica por debajo de la cual caminan cubiertos á fin de librarse de las hormigas y otros animales que los destruyen, cargando con ellos para comérselos. Así para destruir el *anay*, no hay mejor remedio que procurar que lleguen las hormigas donde está él, las cuales parece que se alegran, y tienen fiesta general y particular regocijo; presto cargan con ellas y se los llevan sin dificultad, porque es animal que no se defiende. Son tantos los que acuden á labrar sus caminos para buscar su sustento, que aunque los derribemos cada día, en una noche los vuelven á edificar con un género de tierra parda que amasan con su babaza y quedan muy fuertes. Sucede que si no se procura quitar de cuajo la casa que tienen debajo de tierra, jamás llegan á perecer, porque, aunque cada día se quiten los caminos, á la mañana se hallan renovados, sucediéndose en el trabajo unos á otros con notable cuidado y presteza. Es tan voraz este animalejo que se ceba en todo cuanto encuentra, sea ropa, sea madera; de éstas hay algunas que jamás se ven atacadas por él, las unas por muy duras, las otras por blandas y otras por amargas ó por otra causa contraria á ellos. Estas maderas que el *anay* respeta son: el *molave*, el *ébano* el *balantigui* .ó *nigar* que son maderas férreas y el *baticulín*. No obstante gustan del ípil, que es madera durísima, y lo traspasan y destruyen en breve, dejándolo hueco y con sólo una costrita por encima, tan delgada como un papel, que á ésta no llegan para quedar siempre cubiertos, y así sucede con todas las demás maderas que forman su ordinario sustento. Si entran en un almacén ó bodega de fardos de ropa, en una noche la echan toda á perder, agujereándolos de banda á banda. Hasta la plata y el vidrio lo echan á perder, no porque lo traspasen y agujereen, sino por la babaza que les pegan, que no se quita fácilmente. Viviendo yo en el colegio de Cavite se descubrió el *anay* en un patache que estaba surto en aquel puerto, y no hubo otro remedio, sino darle un rumbo y echarlo á pique para que el *anay* se ahogase y muriese, porque de otra suerte, no solo se perdería la carga que se embarcase en él, sino aun el mismo casco, traspasando el *anay* sus maderos. Podemos dar muchas gracias á Dios que no ha criado este animal en nuestras tierras, donde causara mayores males quizás que en éstas. Suelen poner debajo de los pies de los

aparadores de la ropa en las bodegas unas vasijas con aceite para que no se suba el anay por ellos (5).

(5) Como infalible remedio contra el anay puede hacerse uso del petróleo echándolo en las vasijas de los aparadores como el A. insinúa, ó en los nidos que fabrican. La naftalina lo ahuyenta también mucho. (N. del Editor.)

Hay otro género de anay de color negro; tan abundante se cría, que hasta se ven enjambres innumerables dentro de los maderos de que se sustenta. No es tan dañoso como los otros; camina siempre descubierto, y sale al exterior cuando hay humedad y aguaceros, caminando en hileras tan concertadas, que aunque son innumerables, no se impiden unos á otros en la marcha. No hacen mal á la ropa, sino que buscan solamente los maderos dañados para cebarse en ellos.

CAPÍTULO XII

De algunas observaciones sobre las hormigas y hormigueros

El Espíritu Santo nos envía á observar las acciones de las hormigas para que aprendamos de ellas la constancia en el trabajo, el cuidado y desvelo en todo lo que es para nuestro propio provecho, y así nos amonesta diciendo: *Vade ad formicam, piger*. Las hormigas nos enseñan como hemos de conservarnos con la unión de las voluntades y juicios, y también á ser prósperos para lo futuro, pues en uno y otro consiste la conservación de las repúblicas bien adornadas, y su destrucción ó ruina en la falta de ellos, como lo enseña Cristo Nuestro Señor en su Evangelio: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur et domus supra domum cadet*. Y al contrario, la unión de los juicios y voluntades es una cuerda triple que difícilmente se puede romper: *funiculus triplex d difficile rumpitur*. No menos conserva las mismas repúblicas el ser prósperos para adelante en aquellos que las gobiernan; y por este Horacio, Príncipe de la Lira, nos pone el ejemplo en las hormigas, diciendo así en su sátira primera:

..... *sicut*
Parvula (nam exemplo est) magni formica laboris
Ore trahit quodcumque potest, atque addit acervo
Quem struit, haud ignara ac non incauta futuri.

El olfato de la hormiga en un cuerpo tan pequeño es una de las cosas prodigiosas que se deben admirar en ella. No puede haber cosa segura de este animal, porque luego la huele, y busca por el rastro, principalmente cosas de dulce, que aunque se cuelguen del techo, tienen modo para subir á él, hasta dar con ellas. Si se ponen en vasijas ó conservas en medio del agua, se echan á ella, muriendo

tantas, que logran hacer camino y puente para que pasen sus compañeras. En los tiempos de verano buscan sustento, y lo conducen á sus trojes para tener con que sustentarse en los tiempos de aguas y de invierno. He observado y visto que cuando hallan algunas de sus compañeras muertas, cargan con ellas, y se las llevan á sus nidos donde tienen un sepulcro, en el cual ponen sus muertos, y yo mismo los he hallado y visto algunas veces. En esto nos enseñan la obra de misericordia de enterrar los muertos. El trabajo continuo que se ve en estos animales, sin darse todo vicio.

En los nidos de las hormigas suelen encontrarse unas piedras pesadas y más duras que el mármol, de un negro muy lustroso al modo del azabache; llámanlas *piedra de hormigas*, y las estiman los naturales, pero, aunque he tenido algunas de ellas, no he experimentado alguna virtud especial. Cuando encuentran las hormigas en sus excursiones algún peligro, he observado que vuelven algunas atrás, avisando de él á las que vienen, y juntando su cabeza con las que encuentran, como si hablaran con ellas; pues también deben tener ellas su modo de comunicarse y entenderse. Es de notar la providencia de la naturaleza en estos animalitos al ponerles límites en su propagación excesiva; porque, al llegar las hormigas mayores á cierta edad, las más viejas echan alas, y salen de sus nidos como ansiosas de libertad mayor y como hastiadas de sus viviendas, con lo cual perecen; y así dice el refrán castellano, que la hormiga cría alas para su perdición; porque con ellas salta de su centro y de su esfera propia, y los pájaros y golondrinas acuden luego, y se las van comiendo, formando en el aire saraos y danzas y cánticos muy gustosos y alegres, alabando á su Criador porque les da tan abundantemente de comer. El castigo providencial que sufren por su emancipación lo he observado con gusto y admiración varias veces.